

Cuervo: máscara kwakiutl, costa noroeste de Norteamérica

Pieza maestra del Museo Nacional de las Culturas

Irene Jiménez Zubillaga*



Sí, debió ser *Cuervo, el Transformador*, el que alineó las montañas y encausó los ríos. ¿Quién, sino él, que entregó la luz a los hombres, pudo haber obrado tantos prodigios en beneficio de los pueblos del Cedro?

¿Quién pudo haber ordenado a la corriente marina: Baña con tus aguas cálidas las playas yertas?

¿Quién, sino *Cuervo*, pudo haber levantado el formidable baluarte de las montañas para atajar al helado viento del norte?

¿Quién pudo haber guiado a los innumerables cardúmenes de salmón a desovar en los ríos y riachuelos del territorio de los pueblos del Cedro?

—Sólo *Cuervo, el Transformador*.

Por eso ellos, los pueblos del Cedro: los tlingit y los tsimshian, los haida y los kwakiutl, los nootka y los salish, lo nombran en sus mitos, por eso lo representan en sus máscaras ceremoniales.

Fotografías Carlos Blanco

Cuando escribí este prefacio para el folleto *Los pueblos del Cedro, habitantes de la costa canadiense del Pacífico*, traté de ver a éstos no como una investigadora de su cultura, sino como los debieron de ver sus vecinos indígenas de áreas menos afortunadas, menos generosamente dotadas por la naturaleza: las presionadas tribus del Subártico, a las que atenaza la hambruna cada vez que el invierno se prolonga más de la cuenta.

Los grupos de la Altiplanicie del Columbia y de la Gran Cuenca ocupan su tiempo y energías para mantenerse vivos con sus escasos y dispersos recursos. No así los pueblos del Cedro. Pese a que la delgada y recortada faja costera de dos mil kilómetros que habitan se sitúa entre los 46° y los 60° de latitud norte, el clima es templado gracias a la corriente cálida Kuroshio proveniente de Japón. El húmedo aire marino, atajado por las montañas, se convierte en lluvia que riega los espléndidos bosques de coníferas. Las costas proliferan en mamíferos marinos, peces y crustáceos, y a los numerosos ríos que los vieron nacer acuden a desovar los cardúmenes de salmón, para después morir en las redes que ya los esperan, o ensartados en la punta de un arpón esgrimido por un hábil pescador. Esta abundancia alimentaria se traduce en una temporada invernal libre de la necesidad de buscar sustento, pues los depósitos están repletos y los pueblos del Cedro disfrutaban del que nos parece un raro lujo en pueblos sin agricultura: tiempo libre. Tiempo fuera del tiempo, tiempo ceremonial, tiempo dedicado a las representaciones de los mitos y las leyendas de origen de los clanes.

La temporada invernal es considerada tiempo sagrado, tiempo ceremonial para dedicarlo a las representaciones de los mitos y las leyendas del origen de los clanes. En la amplia casa comunal el compartimento destinado al jefe se convierte en proscenio. Los actores son los miembros del estamento superior, quienes tienen derecho a usar las máscaras para representar a los personajes míticos, así como las túnicas y mantas con los emblemas clánicos. Son también, huelga decirlo, los propietarios de las pesquerías y sitios de recolección privilegiados.

Además de experimentados pescadores y hábiles en el arte de la conservación de alimentos, los pueblos del Cedro eran, al menos desde principios de nuestra era, consumados carpinteros. Los magníficos cedros rojos (*Thuja plicata*), que alcanzan una altura de hasta 70 metros y un diámetro de cinco, proporcionaban material para los grandes tablonés de la habitación plurifamiliar, las canoas y los postes totémicos. Con la madera densa y de grano fino del cedro amarillo se hacían máscaras y pequeñas tallas. La del aliso, carente de aroma, se usaba para platos y tazones; con el arce se tallaban cucharones y sonajas de chamán. Provistos de un reducido número de herramientas básicas, que incluía hachas, azuelas, cinceles, cuñas de piedra y mazos de madera, más la piel del tiburón que usaban como esmeril, realizaban prodigios de carpintería. Con la llegada de los blancos, las hojas de piedra nefrítica y de concha fueron sustituidas por hojas de metal, lo cual repercutió en el tamaño de los postes totémicos, que se irguieron por arriba de los 20 metros. No obstante, muchos de los instrumentos nativos conservaron sus formas específicas, como la “azuela en D”, de la cual tenemos un ejemplar en sala.

Uno de los personajes más representados, tanto en las máscaras como en los postes totémicos, es *Cuervo, el Transformador*, personaje de naturaleza dual, hombre-animal, héroe cultural *sui generis*.



Por los hombres tiene una gran empatía, acaso por compartir los mismos defectos, y les concede favores que no son del todo honestos. Cuenta el mito que robó la luz al *Señor de los Cielos* valiéndose de artimañas, para entregarla a los hombres que vivían en tinieblas; esta conducta explica que también se le conozca como *el Embaucador*. Se le representa con un pico recto curvado en el extremo, en el cual destacan las fosas nasales, grandes ojos y cejas espesas. En las máscaras la parte inferior del pico es móvil y se acciona por medio de cuerdas durante la danza.

La máscara de *Cuervo* del Museo Nacional de las Culturas es un espléndido ejemplar, obtenido por intercambio de piezas con el Field Museum de Chicago en tiempos ya también míticos, cuando tales intercambios (nuestra única manera de hacernos de piezas importantes) eran posibles. Durante su visita a nuestro museo en 1982, el afamado escultor y tallista kwakiutl Tony Hunt, autor del poste totémico que adorna la embajada de Canadá en México y de decenas de proyectos escultóricos en el mundo, alabó la maestría de la talla de nuestra máscara. En esa ocasión, Hunt pasó sus dedos conocedores por los perfiles y los planos de ésta, accionó la parte inferior del gran pico móvil y nos hizo apreciar cada rasgo, cada detalle de tan estupenda pieza, uno de los tesoros que orgullosamente alberga el Museo Nacional de las Culturas. ❧

*Maestra en etnohistoria y curadora de las colecciones norteamericanas en el MNC-INAH